

RESEÑA DE LIBROS

ANNA FREUD: *Einführung in die Psychoanalyse für Pädagogen (Introducción al Psicoanálisis para pedagogos)*. Cuarta edición. Edit. Verlag Hans Huber. Berna, 1961.

Este libro se dirige al pedagogo, al educador; más al que cuida al niño en las primeras edades, por ejemplo, en los jardines de infancia, que el que se ocupará luego de hacerle asimilar contenidos intelectuales. Porque atendiendo a la afectividad precoz del niño es como se le situará en condiciones de desarrollarse en un ser capaz y placentero frente a sí mismo y a los demás. Afectividad infantil que tiene su base en la vida instintiva, que ha estudiado el psicoanálisis. Por eso solamente el conocimiento del psicoanálisis permitirá, a las buenas intenciones del pedagogo, el encontrar intelectualmente la certeza de una precisa actuación para liberar a niños de traumas inútiles y perjudiciales.

Esta obra cumple magníficamente con su título y constituye la mejor orientación para el pedagogo en las profundidades psicológicas. Sus pocas páginas dan una visión persuasiva de lo imprescindible en el enfoque del alma infantil, a través de un desarrollo graduado de explicaciones que, partiendo de los fenómenos aparentes, llegan a lo psicológico oculto de valor esencial.

En su capítulo primero pone de relieve las dificultades educativas que el pedagogo encuentra en muchos de los alumnos y cómo las interpreta inadecuadamente al no explicárselas en su causa primaria. No obstante, dice la autora, sería vano pretender narrar a un maestro cuestiones relativas a la conducta del escolar. En su cometido diario pasa por sus manos tal cúmulo de material que, quiera o no advertirlo, llega a conocer con la mayor precisión la gama completa de las variadas manifestaciones que median desde el niño física y mentalmente defectuoso, hosco, intimidado, mentiroso y maltratado, hasta el brutal, agresivo y criminal.

Pero esa misma situación práctica que le confiere al maestro tan cabal conocimiento en el campo de los hechos educacionales, asimismo le presenta inconvenientes, pues trabaje en el jardín de infantes, con escolares pequeños o mayores, encuéntrase incesantemente sometido a la imperiosa necesidad de actuar. Si bien su profesión le obliga a reconocer a primera vista un sin-

número de manifestaciones de la vida infantil, le impide disponer de tiempo y de ocasión para ordenar esos hechos que ve desarrollarse ante sus ojos, o para remontarse hasta las causas de las reacciones infantiles, no obstante su misión de influir en ellas.

Cualquiera que sea la etapa de la instrucción primaria, el educador tropieza con idénticas dificultades. Es evidente que la formación del ser humano concluye antes de lo que generalmente se sospecha. Por lo tanto, a fin de rastrear hasta sus orígenes las peculiaridades infantiles que tantos obstáculos oponen al educador será preciso explorar la época previa al ingreso del niño en los establecimientos de enseñanza y remontarse hasta quienes realmente fueron los primeros educadores de su vida: en otros términos, hasta la época anterior a los cinco años y al ambiente familiar.

La reconstrucción psicoanalítica de los años infantiles alcanza el período más temprano de la lactancia, cuando el niño no posee más que los rasgos congénitos con que ha venido al mundo, en el cual la dependencia de la madre es tal que sucumbiría en el preciso momento en que ésta le retirase su protección.

Esta prolongada y completa sujeción infantil del ser humano determina su ulterior destino. Si durante todo el primer año de vida sólo le libran del aniquilamiento los pródigos cuidados de la madre, no es de extrañar que el mantenimiento de esta protección empiece a tener para él una importancia muy particular. La madre se convierte en una necesidad vital, pero, más tarde, el niño anhela la presencia materna, una vez saciado y cuando ya no le amenazan especiales peligros: ha establecido con ella un vínculo que, aun cuando sigue todavía la línea del instinto de conservación, se ha independizado de éste y ha trascendido sus límites.

La intervención perturbadora del mundo externo no tarda en hacerse sentir. En efecto, la familia, dentro de la cual el niño es un pequeño e insignificante componente, cuenta también con otros miembros —padre, hermanos—, de cuya presencia sólo se percata ahora (después del primer año de vida), y que, a su vez, se atribuyen la misma preeminencia que el niño pretende arrogarse. Es decir, todos ellos igualmente afirman tener un derecho a la posesión de la madre. Naturalmente, el pequeño considera a sus

hermanos como rivales; se siente celoso y anhela su desaparición, a fin de restaurar la situación primitiva, única que puede brindarle su satisfacción exclusiva.

Este deseo de muerte que le inspiran sus hermanos es completamente natural en el niño y su magnitud es tanto mayor cuanto más aprecie la posesión de la madre. Sólo surge en él un conflicto afectivo cuando advierte que la madre sigue amando a los molestos hermanos, hecho que le resulta incomprendible; que, por añadidura, le exige el abandono de estos deseos hostiles, pretende que comparta pacíficamente la posesión materna con ellos y que llegue, inclusive, a amarlos. De ahí arrancan todas las perturbaciones que sufren los lazos del amor fraterno.

Los celos fraternos son tanto más leves cuanto menos estrechos sean los vínculos con la madre. En las familias proletarias, donde las madres trabajadoras no pueden dedicar a sus hijos tantos cuidados, es también proporcionalmente menor la pérdida de cariño experimentada a la llegada de un nuevo hermano. De ello se deriva que los niños proletarios sean capaces de un afecto fraternal mucho más intenso que los de la clase media, donde cada hermano constituye un rival que disputa a los demás la posesión de un bien objetivo y tangible; de suerte que, en forma oculta o manifiesta, los vínculos fraternos hallan dominados por el odio y los celos.

Los hermanos no son los únicos seres que compiten con el niño por la posesión de la madre; mucho más importante que ellos es la figura del padre, con la salvedad de que en la vida del pequeño desempeña un doble papel. El niño le odia en calidad de rival, o sea en tanto que se erige ante él como poseedor de la madre: cuando le quita a ésta, cuando lo abandonan para irse con ella, cuando la trata como una propiedad suya e insiste en dormir solo con ella. Pero en los demás aspectos el niño lo ama, lo admira, busca su apoyo, cree en su fuerza física y en su poderío y no tiene otro deseo que llegar a igualarlo.

Así surge para el pequeño la tremenda y por el momento insoluble dificultad de amar y admirar a una persona, al tiempo que la odia y desea su muerte. En las relaciones con sus hermanos se trata sólo de dominar los deseos malignos a fin de agradar a la madre; pero aquí, por primera vez, un sentimiento se

enfrenta a otro y es fácil de imaginar las dificultades que provoca este conflicto en que se halla preso el pequeño. ¿Cómo relacionar estos conflictos con la tarea educacional?

Lo que el educador observa en la escuela no es sino la resultante de aquella época de la vida. Los alumnos que él considera díscolos, sociales e insatisfechos no han hecho sino sustituir a los hermanos por sus compañeros de escuela, dirimiendo con éstos aquellos conflictos que no llegaron a resolver en el seno de la familia. Y los adolescentes, prestos a reaccionar con violenta rebeldía al menor esbozo de autoridad, o que se encuentran tan intimidados que ni siquiera se atreven a sostener la mirada del maestro o a levantar la voz en clase, continúan siendo los mismos niños pequeños, con la única diferencia de que han transferido al educador los deseos de muerte contra el padre o la severa supresión de esos deseos, junto con la consiguiente angustia y sumisión.

He aquí cabalmente explicado un fenómeno que, al principio, nos parecía asombroso. En efecto, es cierto que el niño de seis años trae ya formadas y concluidas sus reacciones, que no hace sino repetir frente al maestro. Lo que éste ve desarrollarse ante sus ojos no es, en rigor, sino la reedición y recurrencia de antiquísimos conflictos, apenas accesibles a la influencia pedagógica. Estas comprobaciones del psicoanálisis han contribuido, en términos generales, a orientar la atención hacia la trascendencia de las más tempranas vivencias infantiles.

En el capítulo segundo aborda el papel de la educación en relación con estas primeras vivencias y se interroga a sí misma sobre cómo concebir una educación desde el primer día de la vida, sobre qué puede educarse en un ser tan pequeño, apenas distinto de un animalito, y de cuyos procesos anímicos se conoce aún tan poco; sobre las posibilidades que existen entonces para una labor pedagógica. Basándose en la vida íntima del niño y en sus relaciones con los seres que lo rodean, parece que la respuesta es sencilla: la educación del pequeño tendría la finalidad de coartar e impedir la realización de los deseos hostiles dirigidos contra los hermanos y contra el padre, así como de los deseos sexuales hacia la madre.

Pero esta concepción educativa de los primeros momentos no es la verdadera, y la autora, para perfilarla de modo auténtico, hace un parangón entre los conceptos de puericultura y educación infantil, definiendo la primera como la satisfacción de las necesidades infantiles; la madre provee al niño de cuanto necesita para subsistir, sin pedirle retribución alguna. En cambio, la educación siempre pretende algo del niño.

El educador, o sea el ambiente adulto al que pertenece el niño, en todos los casos procura convertirlo en un ser parecido a él; el objetivo más general de la educación es hacer del niño un hombre que no se diferencie del mundo adulto que lo rodea, obrando dondequiera que el niño difiere del adulto, es decir, en la modalidad infantil. Por tanto, la educación en la temprana infancia lucha contra los malos modales del niño, sus malas costumbres. El niño tiene multitud de vicios corporales: se chupa los dedos, se muerde las uñas, se hurga en las narices, juega con los órganos genitales; se dedica a todas estas actividades con el mayor apasionamiento, exige imperiosamente la gratificación de todos sus deseos y le resulta intolerable la demora. Los padres se quejan de que apenas se le quitó una mala costumbre, aparece otra en su lugar y que esas costumbres ni las copiaron de ellos ni de compañías perjudiciales, que evitaron cuidadosamente.

El psicoanálisis, desligado de los prejuicios y supuestos con que se valoraba la esencia infantil de las vivencias, ha puesto de relieve cómo esa abigarrada colección de vicios de la conducta, hasta entonces incomprendible, se ordena espontánea y sorprendentemente en un conjunto orgánico. En lugar de arbitrarias peculiaridades, el análisis pudo establecer una sucesión obligada de fases evolutivas semejantes a las que desde hace mucho tiempo se conocen en el crecimiento del cuerpo humano; y, de esta suerte, ha podido responder a las dos quejas de los padres, al no juzgárselas como deplorables pero casuales actitudes anormales del niño, sino como eslabones naturales y normales de una cadena evolutiva predeterminada, la rápida suplantación de un mal hábito por otro cualquiera y su aparición, sin mediar influencia exterior alguna, dejaban de ser enigmas.

La primera guía para este ordenamiento de los fenómenos le dió la comprobación de que las zonas del cuerpo en las cuales se cumplen los malos hábitos infantiles no son arbitrariamente escogidas, sino que se ajustan a una sucesión condicionada por otros factores. La preferencia por la boca y zona circundante como fuente de sensaciones placenteras subsiste durante el primer año de la vida. Pasa luego a la región anal durante el segundo, al instinto de crueldad en el tercero y, finalmente, encuentra fuente de placer en la región genital.

A lo largo de esta evolución el niño se conduce como si para él no existiese nada más importante que aprovechar sus fuentes placenteras e imponer sus deseos instintivos. En cambio, la finalidad más significativa de la educación es la de impedir tales designios infantiles. Esto suscita una incesante gue-

rra en miniatura entre la educación y el niño. Aquella quiere sustituir el placer de la suciedad por la repugnancia, el impudor por la vergüenza, la crueldad por la compasión. La curiosidad y las maniobras en el propio cuerpo han de eliminarse mediante prohibiciones, la inescrupulosidad trocarse en consideración, el egoísmo en altruismo.

Paso a paso la educación persigue justamente lo contrario de lo que el niño quiere y en todo momento conceptúa como lo más conveniente lo diametralmente opuesto a los impulsos instintivos del niño. El niño es impaciente, no tolera dilaciones y sólo se esfuerza por algo presente; el adulto quiere enseñarle a diferir la gratificación de sus instintos y a precaverse con vistas al futuro.

Pasa después a describir en el capítulo tercero los conceptos analíticos fundamentales: inconsciente, represión, formación reactiva, sublimación, complejos y el transfert, haciéndolo de una manera tan clara, sencilla y accesible, sin perder la altura científica, que revelan a la autora como poseedora de dotes pedagógicas nada despreciables.

Finaliza la obra respondiendo a la pregunta acerca de las diferencias entre las posibilidades pedagógicas del primer periodo infantil y las del periodo de latencia o pubertad. Los primeros educadores y el pequeño se enfrentan como dos bandos hostiles: los padres quieren del niño algo que él no desea, y él, a su vez, quiere lo que los padres le prohíben. A éstos no les queda otro recurso que recurrir a la amenaza o a la violencia; y el hecho de que casi siempre triunfen los padres se debe a su superioridad en fuerza física.

Las condiciones que imperan en el periodo de la pubertad son muy distintas. El niño que está frente al educador no es un ser homogéneo; se halla interiormente dividido; junto a su yo se encuentra el superyó, sucesor de los padres, que se pone del lado de los educadores. Aquí es la sensatez de los adultos la que decide la magnitud de las posibilidades pedagógicas. Basta que el educador conozca esa escisión producida en el niño y se adapte a ella; si logra colocar al superyó de su parte y aliarse con él, serán dos los que operen contra uno y no le resultará difícil influir sobre el niño en cualquier sentido que desee.

Respecto de las relaciones entre el educador y el grupo de alumnos, pone de relieve que el educador hereda algo más que las meras relaciones paternas o maternas, pues, mientras tenga en sus manos la conducción de un grupo, asumirá frente a cada uno de sus integrantes el papel de su respectivo superyó, adquiriendo de tal manera un derecho a someterlo a su voluntad. Si sólo fuese el padre de cada niño, éste aún querría desplegar, en re-

lación con su persona, todos los conflictos irresueltos en el primer período de la infancia, y, además, el grupo veríase perturbado por los celos.

En cambio, si el maestro logra convertirse en el superyó común, en el ideal de todos, la sumisión impuesta se trocará en espontáneo sometimiento, y los niños de su grupo se aliarán entre sí para formar un conjunto apretado y homogéneo entregado a su conducción.

Este es el resumen del contenido preciso y claramente expuesto, en apenas ochenta páginas, de un tema difícil de concretar, sin riesgo de perder la claridad o de quedar desdibujado en sus líneas estructurales. Unida a esta magistral exposición va aneja una copiosa y selecta bibliografía sobre la materia tratada en la obra que avaloran más la competencia de la autora.—ISABEL DÍAZ ARNAL.

«Repères». Revista europea para la expansión de las investigaciones educativa y sociales. París. Instituto Pedagógico Nacional. Trimestral.

En varias ocasiones, y con motivo de reuniones de expertos en documentación educativa, se sintió la necesidad de una revista a nivel europeo que publicara estudios e información acerca de los problemas educativos de la actualidad. El Instituto Pedagógico Nacional de París ha venido a satisfacer este deseo de los expertos dando a luz la magnífica publicación que reseñamos a continuación, por lo que merece el agradecimiento y la felicitación de todos los que se preocupan de la educación bajo cualquiera de sus aspectos y en especial de quienes se dedican al estudio comparativo de los sistemas educativos en los diferentes países.

El título de la revista está formado por las siglas de *Revue Européenne pour l'Expansion des Recherches Educatives et Sociales*, y es la traducción de nuestra palabra castellana HITOS.

Es una feliz coincidencia de siglas con significado, ya que en verdad trata de indicar en el campo de la educación europea la dirección de los caminos o tendencias y al propio tiempo servir de guía cuando no hay camino.

El objeto esencial de ella es estudiar la evolución actual de las tendencias en materia de enseñanza en Francia y en Europa; mas a pesar de ser de vocación esencialmente europea, no deja de prestar atención a lo que pasa fuera de Europa.

En la primera sección de la revista se estudian los *problemas generales* de la enseñanza y de la educación. En primer lugar, estos problemas son examinados en su origen y en su esencia, para separar el *espíritu* y el *método* que presidieron o que siguen presidiendo su formación y sus transformaciones. Después ahonda más en las realidades tratando de descubrir las interferencias entre la *educación y la vida* y captar cuanto en los problemas educativos y pedagógicos puede contribuir a satisfacer o a elevar las aspiraciones y tendencias de la juventud. Otra serie de estudios se presenta como encuestas y reportajes tomados sobre lo vivo, testimonios directos destinados a dar cuenta fiel de lo que existe en los organismos escolares de los diferentes países y son redactados por especialistas generalmente del país de que se trate y bajo su entera responsabilidad.

La segunda sección de la revista está consagrada exclusivamente a los estudios de *educación comparada*, teniendo especial cuidado en la objetividad, que es el fundamento intrínseco de toda investigación científica.

La tercera sección la dedica la revista a la publicación de *Crónica* y constituye una *colección de hechos y observaciones* que permite comparar y confrontar para deducir de ellos principios ciertos y reglas determinadas.

La sección cuarta está dedicada a informaciones oficiales de los gobiernos en lo relativo a proyectos,

y transformaciones de los gobiernos en lo relativo a nuevas realizaciones y experiencias intentadas. Figuran bajo estos títulos los textos legislativos o reglamentarios que introducen una reforma o un cambio en la organización escolar, las declaraciones de los ministros de Educación ante los Parlamentos, la creación de Centros o Universidades, los ensayos o el empleo de métodos nuevos. Igualmente se publican noticias bibliográficas de obras que tratan algún aspecto particular de la educación o de la organización de la enseñanza, así como se señalan los artículos publicados en revistas nacionales o extranjeras que tratan de los problemas que actualmente preocupan en el campo de la educación; por ejemplo: medios audiovisuales, máquinas de enseñar las lenguas extranjeras en la Enseñanza primaria, enseñanza de las matemáticas, democratización de la enseñanza, instrucción cívica, etc.

En la editorial de cada número, de acuerdo con la preocupación de la revista de destacar los puntos comunes y las ideas base a través de los diferentes sistemas educativos en mutación, se publica una nota de síntesis sobre los problemas que en el curso del trimestre han requerido la atención de las autoridades gubernamentales y de los medios educativos.

Por último, una quinta sección de la revista está dedicada a los resúmenes de los trabajos publicados en las secciones *Problemas generales* y *Educación comparada*, traducidos a los idiomas inglés, español, italiano y alemán.

Se trata, en resumen, de una revista que viene a desempeñar un papel de suma importancia en el conocimiento de los problemas de la educación en los países europeos para lograr el fin propuesto de un acercamiento y comprensión que permita estudiar y resolver en común los problemas educativos de Europa.

La presentación es cuidadísima, en tamaño de 20 x 24 centímetros, y comprende unas 130 páginas en papel cuché.—DRA. M.ª JOSEFA ALCARAZ LLEDÓ.